

HOY

DIARIO DE EXTREMADURA

Edita Corporación de Medios de Extremadura, S.A.

Director General: Jesús Sérvalo González Sánchez**Director:** Teresiano Rodríguez Núñez

Subdirector: Manuel García Carmona. Redactores Jefes: Luis Angel Ruiz de Gopegui Santoyo (Edición), Manuel López García (Badajoz), Juan Domingo Fernández (Cáceres), J. Joaquín Rodríguez Lara (Región).

Delegaciones: José López Aroca (Mérida), y Antonio Sánchez Ocaña (Plasencia).

Gerente: Jesús Muñoz Morán

Director Comercial: Francisco González Zurón. Director Financiero: Juan F. Torres Carballo.

Jefe de Producción: Juan J. Santiago Molina. Publicidad: Waldo Fernández Leal.

Circulación: Guillermo Fernández Fernández. Administración: Angel Royano Vera.

Depósito Legal: BA-3-1958.

Difusión controlada por **EDITORIAL**

Campaña oficial

EL acto de pegada de carteles con que se acostumbra a abrir los quince días oficiales de campaña electoral se está convirtiendo en una mera ficción. Ni siquiera los participantes en esa ceremonia mediática se creen que, efectivamente, ha sido en la madrugada de hoy cuando ha comenzado la carrera "legal" que concluirá dentro de dos semanas. La salida para la cita del 3-M dio comienzo en realidad nada más terminar el recuento de votos de las generales de junio de 1993. Los perfiles siempre difusos que separan la pre-campaña y la campaña propiamente dicha se han volatilizado en este caso. Y la precisión legal de que durante la primera no pueda hacerse petición expresa del voto, lo que sí se autoriza en la segunda, se ha quedado vacía de contenido ante el asalto de las técnicas publicitarias. Pensar que un elector se ve más influido por el mensaje explícito de un partido que por el impacto reiterado de imágenes dirigidas al mismo objetivo supone desconocer el mundo de la comunicación.

De hecho, como reconocen los expertos, el efecto de las campañas sobre la orientación del voto es mínimo. Estas tienden más a reforzar tendencias ya existentes que a cambiarlas, y los principales actos públicos de los partidos se dirigen fundamentalmente a alimentar la confianza de sus militantes. La ya improbable celebración de debates televisados entre Felipe González y José María Aznar, en los que sí podrían decantarse significativamente votos indecisos, confirma esa impresión. De la misma forma que son las expectativas de que en las urnas va a decidirse algo importante, y no la intensidad de la campaña, lo que determina una mayor o menor participación electoral.

HOY

¿Balas contra votos? ¡Votos contra balas!

CONSUELO SÁNCHEZ-VICENTE

NO es sólo, por desgracia, que estén ahí secuestrando, extorsionando y matando; y unidos como una piña –ellos sí, escuece escribir esto– frente a ese deseo nuestro de unidad, tan frágil que quiebra en cuanto enterramos a la nueva víctima. ETA y su mundo, "ellos" deben estar que no se lo creen ante nuestro desconcierto porque –plenamente al 15!– están consiguiendo, además, marcar el ritmo de "nuestra" campaña electoral.

La secuencia es así: a cada crimen, todos igual de horribles, señor González, que van casi 800 "Waterloo" para las víctimas, y lo que nos faltaba es que el presidente del Gobierno se "rompa" ante una sola muerte... A cada crimen, digo, de la "campaña" electoral de ETA, de Valladas a Tomás y Valiente, estamos respondiendo de la forma más insensata posible: parando la

campaña. ¿Qué es eso de que ETA decida cuando hay mitin y cuando se suspende, o si el presidente del Gobierno habla o no habla en televisión? ¿Y que fue de esa fiesta grande que es, y debió ser anoche, la pegada de carteles? ¿Cabe mayor victoria, en democracia, de una minoría violenta sobre la inmensa mayoría pacífica? Más que el hecho de que matan cuando pueden, lo que da la medida de nuestra ineficacia policial, judicial, y política es la eficacia de los asesinos para huir de la Policía y de la ley; y la impunidad total de sus cómplices "políticos". De los políticos, en democracia, se esperan soluciones democráticas, no suspiros de monja. Y el remedio no es, no puede ser, pedir unidad-unidad y firmeza-firmeza en cada entierro, y poner la unidad en solfa y la firmeza en almoneda, entre atentado y atentado.

La noche más oscura

ANTONIO PAPELL

STA medianoche ha comenzado, entre lamentos, la triste campaña electoral que nos conducirá al 3 de marzo, y a un desenlace que, sea cual sea –el ya previsto o su recíproco, si surgiera la sorpresa–, no suscita precisamente entusiasmos indescriptibles.

Y es que, aunque nuestra democracia no peligra –nadie va a derrocarla, ni siquiera a subvertirla– se advierten en ella síntomas de peligroso bloqueo, y nada indica que, tras las elecciones, la situación se aclare, que las puertas cerradas se abran, que se aborden con decisión los grandes problemas pendientes. Diego Hidalgo, en las primeras páginas de su obra valiosa "El futuro de España" –sobre la que volveré en próximos días–, constata con amargura que los políticos actuales están mintiendo a los ciudadanos. Es decir, que no son capaces de plantear en toda su crudeza los problemas reales que tenemos abiertos y las soluciones traumáticas que habrá que aplicar un día u otro (más dolorosas cuanto más se retrasen). Y algo de esto hay efectivamente: estamos mareando aquí la perdiz de trivialidades sin cuento, y nos abstendremos dolosamente de incidir en lo fundamental.

Creo con fundamento que desde 1978 ninguna víctima de ETA había merecido tantos sinceros elogios como los que ha cosechado Francisco Tomás y Valiente. El execrable crimen de ETA ha pretendido, como alguien ha dicho, asesinar la inteligencia. Y más aún: ha querido privarnos de uno de los principales paradigmas vivos de cabal sentido del Estado, de intachable clarividencia jurídica, de clara exaltación democrática. Tomás y Valiente, un socialista de convicción que antepuso a sus creencias la independencia de criterio que le imponía su profesión jurídica, ha sido sin duda un pilar del Estado de Derecho, un hermeneuta de los valores más profundos del régimen que nos hemos dado, un verdadero apóstol de las virtudes cívicas de la tolerancia y del respeto, inherentes a nuestro sistema.

Así, el homenaje intelectual que está recibiendo esta insigne víctima de la sinrazón no puede atribuirse a la dramática coyuntura de

su muerte: es un simple reconocimiento de la evidencia.

Pero si las cosas son de este modo, ¿por qué no se explica con claridad y sin disfraces el preocupado y arriesgado diagnóstico que hacía del presente Tomás y Valiente? ¿Por qué no se asumen con una mínima literalidad esas tesis que, en abstracto, se ensalzan sin reservas? No parece, desde luego, muy honrado moralmente elogiar tanto al hombre y pasar de puntillas sobre sus posiciones y criterios.

Tomás y Valiente nos había advertido en numerosos y brillantes artículos de que el Estado, entendido como potencia civilizadora y como sistema de organización social, estaba en crisis porque habíamos tergiversado con oportunismo ciertos valores. La manipulación del penosísimo y delictivo episodio del GAL con claros intereses partidistas había a su juicio desarmado al Estado. Y esto nos situaba a todos en una situación de indefensión muy peligrosa. De ninguna manera podía entenderse su actitud como de lenidad frente a la "guerra sucia": sencillamente, este hombre ilustre pedía a gritos el restablecimiento de una escala racional de valores, el rearma político y democrático de la sociedad y la elusión del riesgo de crear, como efectivamente se ha creado, una desmoralización genérica que nos pusiera en manos de ETA.

La fatalidad ha querido que su artículo periodístico póstumo, publicado ayer en "El País", compendiara clarividentemente esta posición. Recojo el párrafo central, que es éste: "El mayor enemigo del Estado es la mala razón de Estado. Hay, pues, que perseguir a quienes hayan caído en ella. Pero al hacerlo, tarde y escandalosamente, se ha incurrido en la tentación de destruir gran parte del poder estatal legítimo, en la desmoralización de buen número de sus agentes, en la desaparición de alguna de sus piezas imprescindibles para luchar contra los terroristas y en el descrédito del Estado, dentro y fuera de sus fronteras".

La catadura moral de quienes jalean a ETA –cada vez menos, pero cada vez más radicales y fanáticos– se desprende de un hecho estremeciente

cedor: tras el asesinato de Fernando Múgica han abundado las pintadas que dicen literalmente: "Fernando jódete". La muerte, para los sayones, ya no es la doliente consecuencia de la "guerra", el resultado ingratito y fatal de la confrontación: es el derroche sanguinario, el desquite enfermizo, la pasión patológica, la vindicta irracional de no se sabe bien qué agravios. Cuando estas cosas ocurren –y habrá que ver qué es peor, si el asesinato o el sarcasmo–, es que todos nos hemos sumido en la noche más oscura, es que se han tergiversado en el tumor social todos los valores imaginables, hasta los más primarios. Pero la ulterior criminalización –y ahí está la destructiva paradoja– no afecta tanto hoy a quienes matan con esa degradada complacencia cuanto a quienes equivocaron la instrumentalización del Estado frente a sus enemigos.

Hay que hacer, y cuanto antes, una monumental recomposición de las pautas, de los valores, de los principios, que permita atribuir correctamente las luces y las sombras, los méritos y las responsabilidades, las credenciales todas de lucidez y de insania. Hay que emprender, y cuanto antes, la reconstitución del Estado para salir al paso de la desorientación social, puesto que la ciudadanía ve, perpleja, que los mismos siguen matando a los mismos en un clima desazonante de dejación colectiva, de resignada impunidad de los violentos. Como ha dicho Aznar, así no podemos seguir. Pero quizás tampoco podamos continuar sin debatir a fondo el camino correcto. La campaña electoral que ha comenzado no es quizás la coyuntura adecuada para sedimentar la serenidad precisa que nos facilite el análisis. Pero tampoco tenemos mucho tiempo para encender las luces que iluminen estas últimas oscuridades, teñidas del rojo sanguíneo de tanta desolación.

Como ha escrito Tomás y Valiente en su último y admirable artículo, "no basta con decir estas cosas: pero el silencio es deshonesto antes y después de la muerte del último hombre asesinado". Su testamento nos obliga a todos a intentar un ejercicio de honradez.

RAMON

